

Estudios Sociales

E-ISSN: 2395-9169

estudiossociales@ciad.mx

Centro de Investigación en Alimentación
y Desarrollo, A.C.

México

Boisier, Sergio

Una (re)visión heterodoxa del desarrollo (territorial): un imperativo categórico

Estudios Sociales, vol. 12, núm. 23, enero-junio, 2004, pp. 10-36

Centro de Investigación en Alimentación y Desarrollo, A.C.

Hermosillo, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=41751458002>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org



Una (re)visión heterodoxa del desarrollo (territorial): un imperativo categórico

*Sergio Boisier**



* Profesor titular asociado de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Consejero científico del Instituto de Desarrollo Regional, EU., de Sevilla. Exdirector de Políticas y Planificación Regionales del Instituto Latinoamericano y del Caribe de Planificación Económica y Social (ILPES), ONU/CEPAL.

Correo electrónico: sboisier@interactiva.cl

Resumen / Abstract

La evidencia empírica mundial muestra un fracaso completo de los programas de promoción del desarrollo, por lo menos en el periodo 1941-2001, lapso en el cual el concepto teórico de desarrollo se convierte en un concepto político. Las diversas formas de intervención y el gasto de cantidades incommensurables de recursos revelan un mundo patéticamente dividido entre un reducido número de "ganadores" y un enorme conjunto de "perdedores". El autor plantea que de aquí en adelante habrá que considerar el fomento al desarrollo como un "imperativo categórico" kantiano; que además será preciso colocar en primer plano la dimensión axiológica o

World empirical evidence shows an absolute failure of the programs for promoting development, at least during the 1941-2001 period, in which the theoretical concept of development turns into a political concept. The various types of intervention and the spending of vast amounts of resources show a world pathetically divided between a small number of "winners" and a immense group of "losers". The author states that from now on the development promotion will have to be considered as a Kantian "categorical imperative"; moreover, it will be necessary to emphasize the axiological or values dimension of the development, showing this way its

valórica del desarrollo, mostrando así su carácter de estado y de proceso intangible, subjetivo, dependiente de la trayectoria y del territorio.

Las causas del fracaso del último sexenio se centran, según el autor, en el “peso de la noche cartesiana”, es decir, en el apego irrestricto al paradigma positivista y al método analítico, que, llevado al plano de la acción, se ha traducido en el “incrementalismo disjunto” de Lindblom. El autor sugiere un cambio radical de enfoque, dando paso a un paradigma que combine la complejidad con el constructivismo, que considere el desarrollo como una propiedad emergente de un sistema territorial complejo y que utilice conceptos e instrumentos como la sinapsis neuronal, la sinergia cognitiva y la conversación social como medios para realizar una “ingeniería de las intervenciones territoriales” que genere, efectivamente, el desarrollo. Se plantean complejas cuestiones de reforma en la manera de hacer gobierno.

Palabras clave: territorio, sistema, complejidad, emergencia, sinapsis, sinergia, lingüística, desarrollo.

nature as a state and an intangible, subjective process, which depends on the trajectory and the territory.

According to the author, the causes of the failure in the last six years are concentrated in “the weight of the Cartesian night”, that is to say, in the unrestricted attachment to the positivist paradigm and the analytical method, which, when taken into action, has resulted in the Lindblom’s “disjointed incrementalism”. The author suggests a radical change in the approach, giving way to a paradigm that combines complexity with constructivism, considers development as a property emerging from a complex territorial system and uses concepts and instruments such as neuronal synapsis, cognitive synergy and social conversation as means to perform an “territorial interventions engineering”, which, in turn, generates development. Complex matters concerning reforms in the way of governing are put forward.

La máscara de Jano

Si la discusión sobre desarrollo fuese una suerte de carnaval veneciano, yo mismo elegiría una máscara del dios Jano, para, en el imaginario carnavalesco, poder mirar simultáneamente al pasado y al futuro.

¿Qué mostraría la mirada al pasado? Si el pasado se entiende como el periodo comprendido entre 1941 —el año en que Roosevelt y Churchill firman la Carta del Atlántico, documento que transforma el concepto teórico de desarrollo en política pública— y 2001, comienzo del Tercer Milenio, lo que se observaría, desde el punto de vista del desarrollo de la humanidad, sería un fracaso total, absoluto e incuestionable, un fracaso político, técnico y, sobre todo, ético. En verdad, sesenta años que han sido, no de fomento del desarrollo masivo, sino de un verdadero atropello al derecho fundamental de los pueblos: precisamente el derecho a su desarrollo.

En efecto, una contabilidad generosa, y ciertamente sin refinamientos, concluye que apenas algo así como 12% de la población mundial actual (alrededor de 6 500 millones de seres humanos) vive en un estado que podría calificarse como de desarrollo según los cánones actuales y en una porción pequeña del globo terráqueo. Este cálculo significa contabilizar como desarrollada a la población de América del Norte (sin incluir a México), de la actual Unión Europea (UE), de otros países europeos no pertenecientes a la UE, como los agru-

pados en la EFTA —tal vez la República Checa, Hungría, siempre en Europa; Japón y quizás Corea del Sur y Taiwán, en Asia; Australia y Nueva Zelanda, en Oceanía; Israel, en el Medio Oriente y algunos otros casos que no recuerdo de momento.

Frente a ello se podría contabilizar la cantidad simplemente astronómica, casi imposible de cuantificar, gastada en estos sesenta años en programas de fomento al desarrollo, a escala multilateral, bilateral, nacional, subnacional, etcétera.

Según el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), América Latina registraba en 1990 un total de 48 millones de indigentes, cifra que se habría elevado a 60 millones diez años después, previéndose que en el año 2015 podría recuperar su nivel absoluto de indigencia del año 1990. En verdad resulta difícil de entender la pasividad de la población, porque sería comprensible que se estuvieran incendiando Bastillas a lo largo y ancho del mundo.

Ya lo apunta Kliksberg:

El mundo tiende cada vez más a dividirse entre ganadores y perdedores. Estos últimos superan muchas veces a los primeros. Sobre 6 500 millones de personas, 3 000 millones ganan menos de dos dólares diarios, y otros 1 500 millones menos de un dólar diario. Son pobres. Su número creció en relación a 1980. Las distancias sociales aumentan. La diferencia de ingresos entre el 20% de la población mundial que vive en los países más ricos y el 20% que vive en los más pobres era de 30 a 1 en 1960; pasó a ser de 60 a 1 en 1990, y en 1997 ya había llegado a 74 a 1. El 20% más rico es dueño del 86% del producto bruto mundial, tiene el 82% de las exportaciones y recibe el 68% de las inversiones extranjeras. El 20% más pobre tiene el 1% en todos esos rubros (2002:23).

Ciertamente este fracaso de los últimos sesenta años es un fracaso de la racionalidad de las intervenciones públicas, no del progreso en sí mismo, ya que en el ciclo largo de la historia, uno o dos milenios, es perfectamente evidente el progreso de la humanidad. Sin embargo, ha sido el intento intervencionista deliberado del Estado, en la contemporaneidad, el que ha fallado. Empero, no se infiera del juicio anterior una negación al autocontrol social de la propia sociedad sobre sí misma.

¿Cuál puede ser la explicación de este fracaso de la “racionalidad iluminista”, tan entronizada en la política pública del pasado reciente? Por supuesto,

no se puede caer precisamente en uno de los errores del pasado, el reduccionismo sobresimplificador, y apuntar a la causa única. Algo tan complejo como el desarrollo debe mostrar, tanto en el éxito como en el fracaso, una variedad de explicaciones. Ciertamente éste es el caso y otros autores se han encargado de desentrañar varias razones del fracaso, como recientemente lo ha hecho el arquitecto y planificador colombiano Rubén Darío Utria (2002) con una contemporánea visión sistémica del desarrollo.

No obstante y en función de lo que es mi propia línea de reflexión de los últimos años, apuntaré a una deficiencia cognitiva y a un error procedural (este último probablemente una consecuencia necesaria de la primera) como quizás sí la causa radical (la más importante, pero no necesariamente la única) de la cuestión que nos ocupa.

En efecto, tal parece que el objetivo que se deseaba alcanzar —el esquivo desarrollo, como lo llamaba en la CEPAL el sociólogo Marshall Wolfe— nunca fue definido de manera clara y excluyente. No se sabía (*¿se sabe ahora?*) en qué consiste el desarrollo, como estado y como proceso. Si un objetivo es difuso, no es extraño que los instrumentos sean definidos más como el resultado de prejuicios o juicios simplemente sin fundamento empírico que como derivados científicos; por tanto, su eficacia se encuentra más cerca de resultados aleatorios que predecibles. Y si objetivos y medios comparten estas deficiencias, menos extraño todavía resulta constatar lo errado de los procedimientos, en general centralizados, jerarquizados, de “arriba-abajo”, e inconsultos, socialmente hablando.

Todo esto no es una mera opinión sin fundamento. Para muestra, un botón:

El sociólogo español José Medina Echeverría, “arrojado a las playas de la CEPAL en Santiago de Chile por la marea de la Guerra Civil” y convertido en el “padre” de la sociología latinoamericana del desarrollo, escribía, según la cita de Solari, Franco y Jutkovitz (1976:91): “El desarrollo económico es un proceso continuado cuyo mecanismo esencial consiste en la aplicación reiterada del excedente en nuevas inversiones, y que tiene, como resultado la expansión asimismo incesante de la unidad productiva de que se trate. Esta unidad puede ser desde luego la sociedad entera...”

El hecho incontrovertible es que la idea inicial de desarrollo fue asimilada a la de crecimiento económico, utilizándose incluso los mismos medidores y

otorgando entonces a los economistas el monopolio del tema. Así, éste quedó a disposición de un reduccionismo economicista que se convirtió en la corriente dominante (*mainstream*).

De manera que la mirada al pasado provista por la máscara de Jano es decepcionante y subraya una cuestión cognitiva.

¿Qué mostraría una mirada al futuro? Fundamentalmente, la consolidación paulatina de dos cuestiones.

Primero, el hecho ya socializado en gran medida, representado por un cambio profundo en la función de producción de una parte creciente de bienes y servicios en el sentido de que su producción depende más y más del conocimiento, un insumo intangible y en parte subjetivo. Se trata de la concreción de la sociedad de la información, en una fase primaria, y de la sociedad del conocimiento, en una fase superior. La primera se basa en un uso intensivo de las TIC y lleva a la conformación de una economía del conocimiento, en tanto que la segunda deriva de la primera mediante la proliferación de comunidades intensivas en conocimiento, como lo plantean P. David y D. Foray:

Estas comunidades están ligadas básicamente a profesiones y a proyectos científicos, técnicos y de negocios y se caracterizan por su fuerte producción de conocimiento y por su capacidad de reproducirlo, un espacio público o semipúblico para el aprendizaje y el intercambio, y un uso intenso de las tecnologías de la información. Sólo cuando cantidades crecientes de comunidades que muestran estas características estén formadas por ciudadanos, por usuarios, y en las cuales los no iniciados se incorporen por un interés compartido en un asunto dado, sólo entonces la sociedad del conocimiento comenzará a desarrollarse (2002:20, traducción del autor).

La sociedad del conocimiento es la forma de aglutinar dicho conocimiento, que tiene la característica intrínseca a fragmentarse, a dispersarse. Hay una gran diferencia entre la existencia de un conocimiento disperso y uno aglutinado para efectos de crecimiento.

Ahora bien, cuando la producción de bienes y servicios, es decir, el PIB en último término, se coloca en un imaginario eje temporal, lo que allí se mostrará es el ritmo o la tasa de variación del PIB, de donde se sigue que en la sociedad del futuro el crecimiento económico estará fundamentalmente basado en el conocimiento.

Segundo, la mirada al futuro (que ya comenzó por supuesto) revelaría que el bienestar, sin mayores calificaciones todavía, se asocia y depende cada vez más de valores, nuevamente un insumo, si se quiere, intangible y ciertamente subjetivo. Si la generación de bienestar se coloca también en un eje temporal, lo que se descubrirá será el ritmo o la tasa de variación del bienestar, algo que usualmente se denomina desarrollo, a secas, sin apellidos ni adjetivos que configuran conceptos tautológicos (Boisier, 1999).

Hay en marcha una recuperación del pensamiento axiológico sobre el desarrollo, que vuelve a colocar sobre la mesa nombres como los de Joseph Louis Lebret, Dudley Seers, Celso Furtado, Amartya Sen y otros. Además, se realiza un esfuerzo por crear un pensamiento nuevo sobre desarrollo, basado en un paradigma científico diferente al hasta ayer dominante (el positivismo) y ahora estrechamente imbricado con valores. En buenas cuentas, una ética del desarrollo está *ad portas* (Arnsperger y Van Parijs, 2002; Parker, 1998).

La conclusión es que la mirada al futuro, cargada de optimismo y pletórica de posibilidades para la humanidad, subraya también una cuestión cognitiva porque los recuperados valores, la ética del desarrollo, tendrá que ser inscrita en un nuevo marco cognitivo.

Kant y el desafío del desarrollo

¿Qué tiene que ver el filósofo alemán del siglo XVIII con la tarea contemporánea de fomentar el desarrollo?

En *La crítica de la razón práctica* la pregunta central de Kant es: ¿quién dicta lo que se *debe* hacer? Según el filósofo, el dictado tiene que nacer de nuestra propia racionalidad, es decir, debe formar parte de una moral autónoma. En tal caso la razón ha de formular principios que obliguen a la actuación de la voluntad, proposiciones que encierran una determinación universal de la voluntad, a la que se subordinan diversas reglas prácticas. Estos principios universales se llaman *imperativos* (hipotéticos, categóricos). Si un imperativo quiere ser considerado moral, ha de ser *categórico*, es decir, ha de imponerse a la voluntad de manera absoluta e incondicionada, como siendo objetivamente necesario (Cerezo, 2002:98). Para Kant, ni la ética ni la política son au-

tónomas, ya que ambas están regidas por un *imperativo categórico* que no depende de sus propios presupuestos.

Creo que es lícito sostener entonces que intervenir con eficacia y eficiencia para promover el desarrollo de las personas es, en efecto, un imperativo categórico, una obligación que está por encima de consideraciones de cualquiera otra naturaleza que no sea la moral, que debe ser perseguido en toda circunstancia, lugar y tiempo, que no puede ser dilatado ni subordinado a otros objetivos. De aquí que sea inadmisible la conocida “receta” de la ortodoxia neoliberal: *primero crecer para luego desarrollarse*.

El subdesarrollo, la falta completa de desarrollo, la pobreza, no son, cualquiera que sea el concepto que se use, destinos inexorables, karmas inmutables, ni tragedias griegas. Como quiera que se mire la cuestión, se trata de una consecuencia derivada del funcionamiento de estructuras políticas, o de falta de voluntad colectiva para hacer aquello que es necesario hacer para lograr el salto desde el sendero del subdesarrollo al sendero virtuoso del desarrollo (trabajar más, asumir una alta cuota de responsabilidad en todas las esferas, generar confianza interpersonal e interorganizacional, voluntad de aprender, vocación por el cambio, etcétera).

Alain Peyrefitte (1995) habla de la “combinatoria del subdesarrollo” que parece caracterizar a muchas sociedades y que define una *sociedad de no desarrollo* tipificada como: una sociedad inmóvil, una sociedad hostil a la innovación, una sociedad fragmentada, una sociedad oscurantista, una sociedad de economía dominada, una sociedad de penuria, una sociedad espasmódica (en relación con la confianza en las autoridades), etcétera. En alguna otra parte he afirmado que tanto el estado de desarrollo como el de subdesarrollo tienen mucho de *attractores sistémicos*, es decir, estados estables a los cuales tienden los sistemas; el subdesarrollo sería una suerte de *atractor fatal*, ya que una vez que un sistema social se ha instalado allí, se requiere una enorme cantidad de energía para sacarlo de dicho estado.

A contrario sensu, el desarrollo, lejos de ser una divina concesión graciosa o el resultado de la “suerte”, es un logro que puede ser el resultado de la autoorganización de un sistema social (posibilidad real pero que requiere un horizonte temporal demasiado extenso) o, más frecuentemente, es el resultado de un esfuerzo colectivo deliberado y, por tanto, consciente. Como se sostie-

ne en relación con el proceso que se vive desde mediados de la década de los ochenta en el estado de Ceará, en el noreste del Brasil y cuadro extremo de subdesarrollo hasta no ha mucho: "El desarrollo es viable y resulta principalmente del comportamiento y de la organización de la sociedad" (Rebouças et al., 1995:11).

Bernardo Kliksberg (2002:26) escribe con respecto a América Latina:

Las realidades de pobreza e inequidad en la región no tienen que ver con leyes naturales ni con situaciones inevitables. La relación actual de muchos perdedores, y pocos ganadores, puede ser profundamente modificada. Ello es imprescindible desde el punto de vista económico, si se aspira a un desarrollo de bases realmente sólidas; es fundamental para fortalecer el sistema democrático y es, sobre todo, una exigencia ética ineludible. Una de las primeras que fue planteada al género humano en el texto bíblico. Allí, la voz de la divinidad reclama "ama a tu prójimo como a ti mismo" (Levitico 19:18).

Por lo demás, los casos de Finlandia, Irlanda, Corea del Sur, Taiwán y Costa Rica prueban que el desarrollo es posible de ser alcanzado, o por lo menos que es posible colocar a una sociedad en el sendero del desarrollo o en el atractor virtuoso en plazos muy cortos si la voluntad colectiva y el liderazgo adecuado coexisten. Una cuestión lateral pero no menor, en el contexto de este trabajo, es el pequeño tamaño de estos países; hermoso o no, el tamaño pequeño parece ser una ventaja en un mundo en el cual la flexibilidad es una necesidad imperiosa.

Postulados para una acción eficaz

Para iniciar una etapa más fructífera en la promoción del desarrollo es necesario tomar nota de las siguientes proposiciones:

1. Hay que cambiar el paradigma científico para entender y para intervenir sobre el desarrollo. El paradigma en el cual estamos sobreentrenados mentalmente es, como es bien sabido, el paradigma positivista, mezcla del racionalismo de Descartes, Pascal, Leibniz y Spinoza, y del empirismo de Bacon, Hobbes, Locke y Hume, a los cuales se agrega, desde el mundo pro-

piamente científico, Newton. El paradigma positivista introdujo en el pensamiento científico la *disyunción cartesianas*, la *linealidad*, *proporcionalidad*, *previsibilidad* y la *certidumbre* de la física newtoniana y la *experimentación baconiana* como única fuente de conocimiento científico.

En consecuencia, construimos modelos mentales que no permiten entender la *complejidad* del mundo real, imposibilitan las visiones *sistémicas*, *holísticas*, y que, por añadidura, tratan de introducir la experimentación en medios en los cuales no se puede realizar, a menos de caer en la “ingeniería social utópica y autoritaria” denunciada por Popper.

El paradigma positivista, cuyos benéficos efectos en el ámbito de las ciencias “duras” no está en discusión, nos permite solamente conocer la *estructura de los problemas*, pero no entender su *funcionamiento* y, sin tal entendimiento, es claro que las intervenciones resultan ser meras “apuestas” con bajísima probabilidad de éxito.

Pero no se crea, desde luego, que se cambia un paradigma científico tan incrustado en el sistema educacional así como así, por decreto o *fiat*. Se requiere de un plazo largo y ésta es una de las contradicciones difíciles de resolver en materia de desarrollo. Se necesitan tanto autoridades como técnicos capaces de pensar en términos *constructivistas y complejos*, y no es menor la exigencia apuntada por Yehetzel Dror en el sentido de que “deben hacerse vigorosos esfuerzos para elevar el nivel de entendimiento popular en relación con temas complejos” (1996:59).

Hay un creciente reconocimiento en la comunidad académica acerca de la necesidad de un cambio paradigmático. Incluso algunos miembros de ella —como Roberto Camagni (2003:31-57)— lo dan ya por acaecido y lo sitúan en las décadas de los ochenta y noventa. Si bien es posible reconocer una tendencia al cambio a favor del paradigma de la complejidad, dudo mucho que se pueda dar por un hecho establecido, en parte porque, en mi opinión, se hace necesario entrelazar —sobre todo desde el punto de vista de la acción— la complejidad con el constructivismo lingüístico. Si un nuevo marco cognitivo se justifica por sí mismo, pero sobre todo por su contribución a señalar derroteros más eficaces de acción, el uso de la palabra, del lenguaje y del discurso resulta imprescindible, en la línea contemporáneamente iniciada por Heidegger, Searle, Habermas, Maturana, Varela, Eche-

verría y otros. Y tal fusión, a mi entender, todavía no es clara. Más aún, cuando recurrimos a una visión “compleja” de los procesos sociales (territoriales en este caso), inevitablemente hay que abrir la puerta al concepto de *emergencia sistémica*, y ello se refleja por el momento en el trabajo de escasísimos autores.

2. Hay que resituar las categorías instrumentales y finalistas o teleológicas en su orden natural, hoy trastocado por el materialismo individualista. Si se acepta que la lucha a favor de un verdadero desarrollo (que en definitiva no es sino la potencialidad para la autotransformación del ser humano en persona) es, como se ha propuesto acá, un *imperativo categórico*, no puede haber dudas en torno a la naturaleza teleológica del mismo desarrollo. De ello se sigue naturalmente que el crecimiento económico desempeña un papel *decisivo* en el desarrollo, es un medio que provee una necesaria base para satisfacer las evidentes necesidades materiales de las personas, pero jamás puede ser confundido con un fin en sí mismo. Sostengo, como muchos otros, que el paradigma económico dominante —neoliberalismo— sintetizado en el mal llamado consenso de Washington ha desplazado en las personas la necesidad de ser por la necesidad de tener, ha exacerbado el consumismo, la acumulación, la ostentación. Ha cambiado el tradicional aforismo para la clase media de la economía norteamericana, “to keep up with the Joneses” por un inalcanzable “to keep up with the Rockfellers”. En el nivel macroscópico nacional, pocos países ilustran mejor este cambio que el caso de Chile durante la década de los noventa. Los estudios empíricos sobre el índice de desarrollo humano realizados en este país por el PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo), que han ganado un sólido reconocimiento internacional por su calidad e innovatividad, muestran sintéticamente que el ingreso per cápita de la población se duplicó al tiempo que la sociedad se volvió más desigual, más desconfiada, más violenta, más individualista, más temerosa del cambio; en suma, *involucionó*, si entendemos bien lo que es el desarrollo. Al confundirse la relación entre medios y fines se termina por creer, individual y colectivamente, que las autopistas son el desarrollo, que nuevos edificios para los tribunales de justicia producen justicia, que la ampliación de matrículas y nuevas edificaciones escolares constituyen el objetivo, sólo para constatar a poco andar

que la educación o su contenido sustantivo nos aleja, en vez de acercarnos, del siglo XXI.

Recuperado este asunto simple pero importante —que el crecimiento es instrumental y el desarrollo es finalista—, la atención intelectual debe centrarse en el desarrollo: cómo se le define, cuál es su estructura, cómo se explica su dinámica, cuáles son los grados de libertad para intervenir en el proceso y cuál es la relación precisa, más allá de la primacía de lo teleológico sobre lo instrumental, entre el todo (el desarrollo) y las partes (el crecimiento económico, entre otras).

3. El peor pecado de lesa humanidad en materia de promoción del desarrollo es hacer “más de lo mismo”. En un entorno extremadamente turbulento debido a la velocidad de crecimiento de la información y del conocimiento con su secuela de incertidumbre, hacer a futuro lo mismo que se hizo en el pasado, aun si ello hubiese sido exitoso, no hay nada que garantice la repetición del éxito; peor aún, como se ha comentado y demostrado, gran parte de lo hecho en el pasado fue un fracaso, de manera que sería insensato repetirlo. Ser heterodoxo es ahora una necesidad cognitiva y ética, y nadie ha expresado mejor esta necesidad que Albert Hirschmann al responder a tres periodistas italianos en 1993, quienes le comentan: “Quizá su enemigo más grande sea la ortodoxia...” Hirschmann contesta: “Sin embargo, es verdad: el enemigo principal es precisamente la ortodoxia; repetir siempre la misma receta, la misma terapia, para curar tipos de enfermedades diferentes; no admitir la complejidad, desear reducirla a toda costa; mientras las cosas reales son siempre más complicadas” (1999:111).

En muchos lugares, particularmente en localidades pequeñas, “hacerse amigo de la heterodoxia es jugar con fuego”. Muchos ambientes sociales no son proclives a la innovación, al cambio (recuérdese el comentario de Peyerrefitte anotado más atrás); se inventan distintos mecanismos sociales para castigar al innovador (desde su ridiculización hasta la pérdida del empleo) y también en muchos lugares campea un autoritarismo tradicional en las relaciones laborales que previene “salirse de la norma” (Chile ha sido estudiado en este sentido como un caso de una sociedad extremadamente autoritaria con una cultura popularmente denominada como de “patrón de fundo”, dueño de la hacienda).

4. Hay que escapar del *incrementalismo disjunto*¹ en el diseño y ejecución de un proyecto de desarrollo. Se ha consolidado una práctica que genera la imagen de que el desarrollo se logra mediante la “suma” de numerosos proyectos de muy diferente naturaleza. Somos víctimas del síndrome de la suma y en consecuencia preferimos sumar a multiplicar, metafóricamente hablando. El concepto en discusión, acuñado por Lindblom, es una reacción al modelo racional de planificación. Por definición, los propósitos del incrementalismo disjunto no tienen que ver con alcanzar determinadas cuestiones valóricas, o fines, sino con la solución de problemas inmediatos y acuciantes; el proceso incrementalista es una reacción continua a una sucesión de problemas y se apoya en el juicio de Popper en el sentido de ser más fácil conseguir apoyo social para resolver cuestiones concretas amenazantes que para alcanzar objetivos abstractos.

No es difícil descubrir el parentesco entre el método del incrementalismo disjunto y la disyunción cartesiana, principal arma del método analítico. En efecto, el intento de comprender un problema pasa por la aplicación de ciertas “reglas simples”, según Descartes, la segunda de las cuales es *dividir las dificultades en partes, para poder solucionarlas desde las más simples* (es la regla de la resolución), en tanto que la tercera prescribe *comenzando por lo simple, ir componiendo de manera ordenada lo complejo* (es la regla de la composición) y la cuarta recomienda *hacer enumeraciones completas y revisiones generales, para no omitir nada*.

Si entonces se cree que un “estado de desarrollo” es una totalidad a la cual se arriba acumulando realizaciones —que además se visualizan como materiales—, nada mejor que una metódica de acción tipo *stepwise*, paso a paso. Como tales realizaciones parciales deben someterse a conocidos y aceptados criterios propios de la lógica y racionalidad económica —eficacia y eficiencia—, aparecerá como recomendable perfeccionar las técnicas de

¹ Incrementalismo disjunto (*disjointed incrementalism*) es la mejor opción disponible en español al concepto original en inglés —muddling through— que, de acuerdo con el Oxford Dictionary, corresponde a “succeed despite one’s inefficiency”, que en español sería algo así como “tener éxito a pesar de las propias deficiencias”, algo que suena razonable en el contexto de la controversia con respecto al modelo racional de decisiones de Weber y Parsons.

- identificación, preparación y evaluación de proyectos y preparar en ellas a los cuadros técnicos;²
5. Desde el punto de vista de las acciones cotidianas, hay que superar el cor-toplacismo, el electoralismo y el clientelismo de las autoridades políticas. El desarrollo, fácil es entenderlo, es un proceso multidimensional que en forma paulatina acumula —en un sistema territorial— las condiciones que mediante mecanismos sinápticos y sinergéticos harán que en un momento dado *emerja* un nuevo “estado del sistema”, al cual con propiedad se puede denominar “desarrollo”. Esto supone continuidad en el tiempo, preferencia temporal por el futuro (algo parecido a la decisión entre consumo y ahorro) y claro entendimiento del profundo carácter subjetivo del desarrollo; a ello se contrapone la búsqueda de inmediatez de resultados, generalmente con fines electorales, comprensibles en sistemas democráticos, pero no por ello aceptables. Sin duda que la inauguración de un puente que entra en uso en forma inmediata “rinde” más dividendos políticos de corto plazo que un programa para restablecer y aumentar el capital social, pero no caben dudas con respecto al valor relativo de las contribuciones al desarrollo de una u otra cuestión.

A fin de cuentas, ¿se puede definir el desarrollo?

Se cuenta que en una escuela de sociología un ignoto profesor de ontología del conocimiento iniciaba su curso repartiendo entre los estudiantes pedazos de cartulina negra y un marcador de tinta negra y les pedía dibujar un gato en no más de quince segundos. Enseguida retiraba los papeles solicitando a alguno que describiese las características del animal dibujado por otro de sus compañeros(as). Tarea imposible, por cierto. A partir de este ejercicio el profesor, racionalista cartesiano hasta la médula, insistía en la necesidad de *definir* de una manera clara y excluyente el objeto a investigar.

² El autor ha tenido la oportunidad de observar de cerca equipos de profesionales adscritos a organismos públicos de planificación (aun dentro de esquemas neoliberales muy ortodoxos, como en Chile durante el gobierno militar) extremadamente bien entrenados en estas técnicas y al mismo tiempo mentalmente bloqueados para pensar en términos *del proyecto agregado de desarrollo* de una región, por ejemplo.

Me parece que en materia de desarrollo es tiempo de aplicar esta enseñanza y escapar de la polisemia acumulada del concepto. Hay que convenir de partida en que la idea de desarrollo sólo existe en la mente de los seres humanos; deriva de la capacidad del lenguaje para establecer relaciones abstractas, porque el desarrollo es una abstracción, mejor dicho una utopía —plan, proyecto, doctrina o sistema halagüeño pero irrealizable, según todo diccionario— y existe sólo con relación al género humano. No hay desarrollo del territorio en sí, no hay desarrollo de la materia, ni siquiera de otras especies vivas, animales o vegetales, que crecen, mueren, se transforman incluso, pero de acuerdo con un programa preestablecido en su respectivo nicho ecológico o debido a mutaciones aleatorias.

La saga permanente de la especie humana —ella misma resultado de una emergencia evolutiva, de acuerdo con Ángel (2002)— es la transformación del *ser humano*, categoría puramente biológica, en *persona*, categoría espiritual y biológica, caracterizada por su *dignidad intransable* que lo lleva a ser siempre un fin y jamás un medio, siempre sujeto y jamás objeto.³

Es posible sostener entonces que:

hoy el desarrollo es entendido como el logro de un contexto, medio, momentum, situación, entorno, o como quiera llamarse, que facilite la potenciación del ser humano para transformarse en persona humana, en su doble dimensión, biológica y espiritual, capaz, en esta última condición, de conocer y de amar. Esto significa reubicar el concepto de desarrollo en un marco constructivista, subjetivo e intersubjetivo, valorativo o axiológico, y, por cierto, endógeno, o sea, directamente dependiente de la autoconfianza colectiva en la capacidad para “inventar” recursos, movilizar los ya existentes y actuar en forma cooperativa y solidaria, desde el propio territorio (Boisier, 2002:30 y 2003c).

Pero no se es *persona*, no se puede ser, en forma aislada, autista, porque no se puede desmentir la naturaleza gregaria de la especie. Incluso Robinson Crusoe tuvo que usar su imaginación creadora para “inventar” a Viernes, para no dejar de ser persona en la isla. Por ello las políticas de promoción del desarrollo deben en primer lugar apuntar al fortalecimiento del tejido social, a la inserción de todos los individuos en un tejido tan denso que por la densidad

³ ¡Cuántos millones de muertes se habrían evitado si la dignidad de la persona hubiese sido siempre respetada!

de la trama permita hablar de una *comunidad*, ojalá de una comunidad con una identidad tan fuerte como para dar paso a una *comunidad imaginada* (Anderson, 1991).⁴

A la corriente dominante en economía no le gusta aceptar el creciente reconocimiento del carácter subjetivo del desarrollo derivado del hecho de ser una cuestión axiológica. Sin embargo, no han faltado los disidentes de marca mayor, comenzando por quien fue una de las figuras más importantes en el pensamiento y en la acción desarrollista en la década de los cincuenta: Joseph Louis Lebret, quien sostenía que algunos autores que tratan el tema del desarrollo adolecen de la cortedad de miras de su concepción metafísica, negándose a participar en la elaboración de una teoría y una praxis del ser-más que comprendiese la utilización civilizadora del poseer (Lebret, 1969), siguiendo con Dudley Seers, quien en su famoso artículo de fines de los sesenta comienza por afirmar la naturaleza axiológica del desarrollo. Por cierto, Amartya Sen propone en *Desarrollo y libertad* una nueva concepción del desarrollo fuertemente vinculada con aspectos éticos, políticos y sociales que dicho autor estima como preocupaciones vitales de la sociedad contemporánea: las oportunidades económicas, las libertades políticas, los servicios sociales, la transparencia y la libertad de los ciudadanos (Sen, 2000), agregándose Albert Hirschmann.⁵ Celso Furtado y, sólo para cerrar la muestra, se puede citar una opinión institucional, la del PNUD, que en el informe de 1996 sobre este tema establece:

El desarrollo humano puede describirse como proceso de ampliación de las opciones de la gente [...] Más allá de esas necesidades, la gente valora además beneficios que son menos materiales. Entre ellos figuran, por ejemplo, la libertad de movimiento y de expresión y la ausencia de opresión, violencia o explotación. La gente quiere además tener un sentido de propósito en la vida, además de un sentido de potenciación. En tanto miembros de familias y comunidades, las personas valoran la cohesión social y el derecho a afirmar sus tradiciones y cultura propia (PNUD, 1996:55/56).

⁴ Como se sabe, el sociólogo alemán Thonies (siglos xix y xx) devaluó el concepto de "comunidad" (*Gemeinshaft*) a favor del concepto, según él más propio de la modernidad, de "sociedad" (*Gesellschaft*). Ahora es preciso revalorizar la idea de comunidad.

⁵ En particular, Hirschmann (1961:13) señalaba con relación al desarrollo hace más de cuatro décadas atrás: "La investigación ha ido de fenómenos objetivos, tangibles y cuantitativos a más y más fenómenos subjetivos, intangibles e incuantificables".

En definitiva, el desarrollo resulta no ser una cosa ni una suma de cosas, por importante que cada una de ellas sea, sino “un estado de ánimo”; es más una cuestión de psicología colectiva, de “efervescencia creativa”, que de recursos materiales, como ya lo apuntase Furtado hace décadas, lo que lo hace, paradójica y simultáneamente, más fácil y más difícil de lograr, porque, como dicen en Ceará (Brasil), “no se es pobre, sólo se está pobre”, pero por otro lado, como lo dice Peyrefitte, “nos resulta difícil aceptar que nuestra manera de pensar o de comportarnos colectivamente pueda tener efectos materiales. Preferimos explicar la materia por la materia, no por la manera”.

El desarrollo: dependencia de la trayectoria y del territorio

Según Roberto Camagni (2003:35), “surge una completa y multiforme teoría evolutiva del desarrollo territorial”, en parte bajo el alero de los nuevos conceptos de dinámica de sistemas en casi todo el espectro científico que plantean la *irreversibilidad del tiempo*; igual opinión ya la había expresado Byrne (1998). Esto significa que estamos tratando con procesos (y con un proceso en especial: el desarrollo) que son fundamentalmente históricos y no temporalmente reversibles (Boisier, 2003a).⁶ El mismo Camagni (2003:36) agrega: “La condición de irreversible significa, de hecho, *path dependency*, imposibilidad de abandonar un determinado recorrido una vez iniciado y de volverlo a empezar incluso en condiciones de espacio-tiempo aparentemente semejantes”.

Por otro lado, Joseph Louis Lebret tituló su obra mayor *Dinámica concreta del desarrollo* y él mismo se encarga de explicar su significado, como opuesto a cualquier modelización matemática que pudiese sugerir una fórmula universal, por encima de las características específicas y concretas de una comunidad. Esto significa que el desarrollo es una cuestión cultural, cuyo significado difiere de lugar en lugar en la misma medida en que difieren las culturas.

⁶ Excepto por situaciones de guerra, no se conoce de casos de países que una vez instalados en el sendero del desarrollo hayan sufrido una reversión. La historia de Argentina a comienzos de este siglo es tal vez la excepción que confirma la regla, y que pone al mismo tiempo en evidencia la importancia de los factores no económicos (propios de la psicología social) en el desarrollo.

El desarrollo es un proceso de indesmentible naturaleza territorial; ocurre en el territorio, no levita; es el resultado de (en palabras de Lebret): "La disciplina (a la vez del conocimiento y de la acción) del paso, para un pueblo⁷ determinado y para los grupos que lo constituyen, desde una fase menos humana a una fase más humana, al ritmo más rápido posible, con el coste menos elevado posible, teniendo en cuenta la solidaridad entre los grupos y los pueblos. Y el desarrollo es precisamente la serie de estos pasos" (1969:32). Todo proceso de desarrollo ha comenzado —históricamente— en un *lugar*, normalmente de pequeña escala, o sea, comienza como desarrollo *local*; ha sido *endógeno* en su origen, siempre desatado por fuerzas internas del lugar (aunque el crecimiento pudiese ser, como lo es crecientemente ahora, *exógeno*); para desplegarse como proceso endógeno ha debido ser también altamente *descentralizado*. A partir de este nodo inicial y en función de la *necesidad vital* de todo sistema vivo de expandirse, el desarrollo se difunde hacia fuera, hacia arriba y hacia los lados, sólo para encontrarse con fuerzas adversas (derivadas de la hegemonía de la función sobre el territorio, en la modernidad) que terminan por configurar las conocidas modalidades de la geografía del desarrollo: archipielaquización o dicotomía centro-periferia.

Por estas razones, pretender que la globalización haya dado muerte a la geografía y al territorio es una miopía de algunos analistas, ya que, bien por el contrario, la globalización está revalorizando el territorio, como se desprende de innumerables argumentos de Krugman (1992), Morgan (2001), Dupuy y Burmeister (2003), Savy y Veltz (1995), Portier (2002), Boisier (2003b) y tantos otros. Los fundamentos de esta revalorización se encuentran en la antropología, el comercio internacional, la competitividad, la producción industrial flexible y, en último término, en las TIC y en la revolución C & T.

⁷ Preferible habría sido emplear el concepto de *nación*, para hacer más visible la ligazón territorial.

La estructura y la dinámica del desarrollo: una emergencia de un sistema territorial complejo⁸

La cuestión central que se plantea en este documento es la siguiente: si la evidencia empírica muestra el fracaso de las políticas de promoción del desarrollo y si en buena medida tal fracaso puede atribuirse a cuestiones metodológicas derivadas del paradigma positivista y en particular de la disyunción cartesiana y su expresión como política, el incrementalismo disjunto, hay que dar vuelta a la página y atreverse a razonar y a intervenir basados en el paradigma de la complejidad, haciendo uso del constructivismo lingüístico, del análisis de sistemas, de la teoría de la autoorganización, de la cibernética de segundo orden, de la lógica difusa, de la teoría de la información (entropía y neguentropía), de la neurofisiología (sinapsis neuronal) y de la autopoiesis.

El punto de partida de esta propuesta es reconocer que el desarrollo —como se le ha definido en páginas anteriores— es un asunto propio de medios complejos y, dada su anotada dimensión territorial, sólo observable en *territorios complejos*, complejos no sólo por el número de elementos presentes en el sistema existente en dicho medio, sino, como lo postula claramente Edgar Morin, complejidad derivada de las *interacciones* entre tales elementos o subsistemas. La observación siguiente es un punto clave de la propuesta: el desarrollo sería una *emergencia sistémica* o una *propiedad emergente* (Holland, 1998; Byrne, 1998) y, como tal, no obtenible mediante suma de proyectos o realizaciones sino como una “explosión” que genera una nueva totalidad distinta de la suma de las partes.

Si ello es así, hay que identificar las partes cuya interacción define el grado de complejidad del sistema; en realidad hay que identificar *subsistemas* que a su vez están conformados por elementos más específicos. Como se detalla en el trabajo basal de Boisier referido en la nota 7, se han identificado seis subsistemas descritos sucintamente a continuación:

⁸ Acá se hará una presentación sintética de una argumentación más extensa y densa que se puede encontrar en el documento “¿Y si el desarrollo fuese una emergencia sistémica?”, de Sergio Boisier, que se muestra en el sitio del Instituto de Desarrollo Regional de Sevilla (IDR): www.idr.es/publicaciones, de próxima aparición también en *Ciudad y Territorio. Estudios Territoriales*, MINFOFOM, Madrid, España .

- a) El subsistema *axiológico*, conformado por el conjunto de valores, tanto universales (libertad, justicia, paz, equidad, ética, estética, alteridad,⁹ democracia, etc.) como singulares, siendo éstos los que definen la pertenencia a un territorio y que lo distinguen de otros territorios. En suma, este subsistema da cabida a aquello en lo que creemos y a lo que somos.
- b) El subsistema de *acumulación*, que incluye el modelo de crecimiento subyacente y sus elementos. La acumulación de capital, la acumulación de progreso técnico y la acumulación de capital humano dan cuenta de los factores de la actual teorización sobre crecimiento *endógeno*; no obstante, parece importante llamar la atención sobre dos hechos adicionales. Primero, al descender en la escala geográfica para ubicarnos en la escala subnacional, el modelo dominante, derivado de los trabajos de Romer, Lucas, Sala y Martín y otros, requiere incorporar otros factores adicionales, a saber, el *proyecto político nacional* (con el ordenamiento del territorio que presupone), el efecto sobre cada territorio del cuadro de la política económica nacional (global y sectorial), y la *demandas externas* (en atención al mayor grado de apertura de un territorio subnacional comparado con el país). Segundo, si se examina este nuevo vector de seis elementos desde el punto de vista de los agentes que toman las decisiones —mal que mal, el crecimiento económico es el resultado de una matriz decisional— se constata la *exogeneidad*, incluso creciente, del crecimiento subnacional, lo cual lleva a replantear la forma de hacer gobierno subnacional, en tanto que a dicho gobierno le cabe un papel proactivo en la endogeneización de tales decisiones.
- c) El subsistema *decisional* configurado por los agentes¹⁰ individuales, corporativos y colectivos. Lo que interesa en relación con este subsistema no es sólo la identificación y enumeración de ellos (que debe entregar una clara fotografía de la estructura de poder); interesa detectar precisamente el *proyecto* del cual es portador cada agente puesto que al momento de definir

⁹ La alteridad supone el reconocimiento y la valoración “del otro”, del prójimo; en consecuencia, la alteridad confiere un valor positivo a la heterogeneidad, a la diversidad.

¹⁰ En la terminología de Touraine, los agentes son actores que poseen proyectos (en este caso con relación no sólo a sí mismos, sino también con relación al territorio), capacidad de influir en el curso de los acontecimientos y valores. Son sujetos de mayor complejidad que los actores.

una estrategia o mejor dicho, un *proyecto político de desarrollo* será necesario compatibilizar visiones no coincidentes. Por cierto, será indispensable, al describir este subsistema, evaluar el poder relativo de los actores más relevantes, relevancia dada precisamente por su cuota de poder. En otras palabras, hay que contar con la "fotografía de la familia del poder local", sin cuyo concurso nada es posible.

- d) El subsistema *organizacional* compuesto por el universo de organizaciones públicas y privadas del territorio. Nuevamente, interesa no sólo la identificación del mapa organizacional y de su densidad (una cuestión no menor de acuerdo con la escuela institucionalista); importa aplicar técnicas que permitan detectar el "clima de relaciones interorganizacionales" prevaleciente en el pasado reciente a fin de establecer una suerte de "coeficiente de cooperación, o de conflicto".¹¹ Es evidente que en un territorio en donde se muestre un "coeficiente de conflicto interorganizacional" de un valor, digamos, igual a 76.5%, representa un espacio en el que es imposible llevar adelante una propuesta colectiva de desarrollo.
- e) El subsistema *procedimental* referido a los procedimientos de la administración pública en el territorio. Tales procedimientos tienen que ver con: 1) la prestación de servicios a las personas; 2) el manejo del flujo entrópico y masivo de información, y 3) la ayuda al territorio para optimizar su posicionamiento en la globalización. Es un hecho de la causa que actualmente, en cualquier momento y lugar, existe un flujo enorme de información de toda naturaleza, que además es desordenada (entrópica), cuyo efecto inmediato es elevar los costos de transacción y la incertidumbre, transformándose en un escollo para el propio crecimiento económico; sólo el gobierno local puede asumir la tarea de "recoger" este flujo de información y reestructurarlo en función de la propia propuesta de desarrollo en gestación, para devolverlo a los usuarios, reduciendo incertidumbre y costos de transacción (¿cuántos gobiernos hacen esto?). Por otro lado, la globalización es un juego de tremada complejidad y creer que las organizaciones situadas en el territorio pueden jugarlo exitosamente "tirando de los cordones de sus pro-

¹¹ El Instituto Latinoamericano y del Caribe de Planificación Económica y Social (ONU/ILPES/CEPAL) avanzó en esta línea al diseñar un software (Elite) simple y potente para medir tales relaciones.

pios zapatos" es una ingenuidad; nuevamente se requiere de un apoyo estatal importante.

- f) El subsistema *subliminal* configurado por nueve categorías de *capitales intangibles* (capital cognitivo, simbólico, cultural, social, cívico, institucional, psicosocial, mediático, humano) considerados ahora como factores clave del desarrollo cuando éste se conceptualiza también como un resultado intangible; una exposición en detalle se encuentra en Boisier (2001). Detrás de los conceptos esbozados tenemos nombres como Bourdieu, Coleman, Putnam, North, Williamson, Montero (Maritza), Becker, Fukuyama y varios otros. Probablemente se trata del subsistema más importante y también del más difícil de manejar en la práctica dada la dificultad para cuantificar varios de sus componentes.

Estos seis subsistemas, gráficamente seis vértices de un hexágono, deben ser interconectados al máximo de lo posible. Acá se introduce el concepto de *sinapsis neuronal* o de *sincronía neuronal* en la denominación de Francisco Varela (Aboitiz, 2001), en paralelo a las más contemporáneas teorizaciones sobre la inteligencia, que la conciben como una emergencia neuronal. Sin una sinapsis de alta densidad no es posible que surja la emergencia buscada.

Pero no resulta suficiente configurar el sistema territorial como un sistema de alta complejidad con elevada sinapsis. La *emergencia* del desarrollo, si bien puede explotar mediante la autoorganización del propio sistema, requiere, para acontecer en horizontes de tiempo socialmente aceptables, introducir energía externa al sistema, requiere de *neguentropía* al tiempo que necesita expulsar la entropía que la propia complejización está produciendo.

Esta energía externa la hemos denominado (y ensayado en la práctica) como *sinergia*¹² *cognitiva*, definida como la capacidad latente (o real) de toda comunidad para actuar en forma colectiva y democrática, construyendo un futuro a partir de *un conocimiento compartido acerca de la naturaleza, estructura y dinámica, de los procesos de cambio social en su propio territorio*, saber que dista, por supuesto, del enciclopedismo o de un academicismo propio de otros ámbi-

¹² Sinergia es toda *organización* (por tanto presupone la existencia de dos o más elementos) con un propósito común.

tos, pero que importa una cantidad mínima de conocimiento socializado, un *conocimiento pertinente* para generar consenso y poder político.

Si la propuesta esbozada pasa los habituales filtros científicos, se avizora un cambio importante en la manera de hacer gobierno en territorios subnacionales. En lo principal, creo que habría que hacer una distinción clara entre las funciones de *gobierno* propiamente tal de las de *administración*, reservando las primeras para realizar tareas vinculadas a la prospectiva, a la complejización del sistema territorial, al aumento de la sinapsis, a la introducción de sinergia cognitiva;¹⁵ en tanto que las segundas corresponden a asuntos más rutinarios y cotidianos. Si no se hace esta separación, la capacidad de reflexión y la capacidad política del gobierno quedan atrapadas en el corto plazo.

Dos puntos finales. La relación temporal entre el crecimiento económico de un territorio y su desarrollo social debe cuestionarse. Ya no es posible sostener una relación lineal, secuencial y dependiente entre ellos, suponiendo que primero es el crecimiento y posteriormente el desarrollo. En el contexto usado acá, de complejidad, sería más apropiado trabajar con una hipótesis de "rizo" como descriptor de la relación entre ambos procesos, estructuralmente distintos pero no independientes del todo. Incluso la ahora familiar gráfica del ADN, con dos sínoidales entrelazadas, podría describir mejor una relación que se adivina alternada en el tiempo: en ciertos periodos hay que sentar primero la base material, pero, ¿cuántos casos conocemos de países o regiones en los cuales lo urgente es desencadenar mecanismos psicosociales que vitalicen el desarrollo y creen las condiciones mentales colectivas para invertir, innovar, asumir riesgos, etcétera?

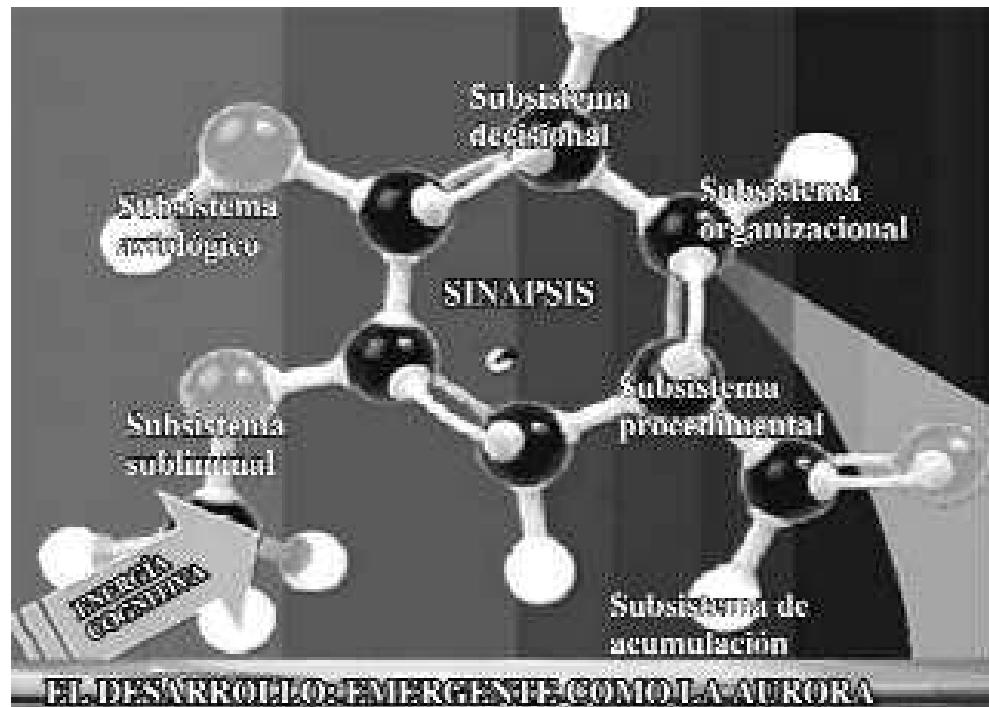
Se concluye que el desarrollo territorial es función primordial de la complejidad, de la sinapsis y de la sinergia. El crecimiento económico lo es de la interacción entre el sistema y su entorno, del intercambio de energía, información y materia (se trata de un sistema *cuasialislado*). Así se explica el carácter *endógeno* del primero y el carácter *exógeno* del segundo.

¹⁵ Esto es algo que debe idearse, no como una suerte de "curso" colectivo sobre desarrollo, sino como un proceso largo de "conversaciones sociales profesionalmente estructuradas", en el entendido de que la palabra, el lenguaje y el discurso son creadores de actores y de futuro. El autor ha dirigido un proceso semejante que se encuentra relatado en su libro *Conversaciones sociales y desarrollo regional*, Talca, Chile, Universidad de Talca, 2001.

A modo de conclusión

"Lo demás es silencio"

Hamlet, Príncipe de Dinamarca, Acto v
William Shakespeare



Bibliografía

- Aboitiz, F. (2001), "Sincronía, conciencia y el 'problema duro' de la neurociencia", *Revista Chilena de Neuro-Psiquiatría*, (Santiago de Chile), 39.
- Anderson, B. (1991), *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Londres, Verso.
- Ángel, A. (2002), *El retorno de ÍCARO*, Bogotá, IDEA-ASOCARS-PNUMA.
- Arnsperger, C. y P. Van Parijs (2002), *Ética económica y social. Teorías de la sociedad justa*, Barcelona, Paidós.
- Boisier, S. (1999), "Desarrollo (local): ¿de qué estamos hablando?", *Revisita Paraguaya de Sociología* (Asunción), 104.
- _____(2001), "Territorial Development and the Construction of Synergistic Capital: A Contribution to the Discussion on the Intangibility of Development", en Asfaw Kumssa y Terry G. McGee (eds.), *Globalization and the New Regional Development*, Westport, Greenwood Press.
- _____(2002), *Sociedad del conocimiento, conocimiento social y gestión territorial*, Documento de Trabajo No. 5, Sevilla, Instituto de Desarrollo Regional de Sevilla, F.U.
- _____(2003a), *¿Y si el desarrollo fuese una emergencia sistémica?*, www.idr.es, (también en inglés en el mismo sitio) y en prensa en *Ciudad y Territorio. Estudios Territoriales*, Madrid, MFOM.
- _____(2003b), "Crónica de una muerte frustrada. El territorio en la globalización", *Revista LIDER*, (Universidad de Los Lagos, Osorno, Chile), 11.
- _____(2003c) "Knowledge Society, Social Knowledge and Territorial Management", *Regional Development Studies*, (Nagoya, Japón, UNCRD), 9.
- Byrne, D. (1998), *Complexity Theory and the Social Sciences*, Londres, Routledge.
- Camagni, R. (2003), "Incertidumbre, capital social y desarrollo local: enseñanzas para una gobernabilidad sostenible del territorio", *Investigaciones Regionales*, (Madrid, AECR), 2.
- Cerezo, J. J. (2002), *Historia de la filosofía. III. La edad moderna*, Madrid, Acento.
- David, P. A. y D. Foray (2002), "An Introduction to the Economy of the Knowledge Society", *International Social Science Journal*, (París, UNESCO), 171.
- Dror, Y. (1996), *La capacidad de gobernar. Informe al Club de Roma*, México, FCE.
- Dupuy, C. y A. Burmeister (2003), *Entreprises et territoires*, París, Documentation Française.



- Hirschmann, A. (1961), *La estrategia de desarrollo económico*, México, FCE.
- _____ (1999), *A través de las fronteras. Los lugares y las ideas en el transcurso de una vida*, México, FCE.
- Holland, J. H. (1998), *Emergence. From Chaos to Order*, Perseus Books.
- Kliksberg, B. (2002), *Hacia una economía con rostro humano*, México, FCE.
- Krugman, P. (1992), *Geografía y comercio*, Barcelona, Antoni Bosch.
- Lebret, J.L. (1969), *Dinámica concreta del desarrollo*, Barcelona, Editorial HERDER.
- Morgan, K. (2002), *On the Exaggerated Death of Geography*, documento presentado en la conferencia "The Future of Innovation Studies", Eindhoven, Holanda, 2001.
- Parker, C. (1998), *Ética, democracia y desarrollo humano*, Santiago de Chile, CERC-UAHC, LOM Editores.
- Peyrefitte, A. (1995), *Milagros económicos*, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello.
- PNUD (1996), *Informe sobre desarrollo humano*, Madrid, Mundi-Press Libros.
- Portier, N. (2002), *Les pays*, París, DATAR.
- Rebouças, E. et al. (1997), *Gestão compartilhada. O Pacto do Ceará*, São Paulo, Brasil, Qualitymark.
- Savy, M. y P. Veltz (1995), *Économie globale et réinvention du local*, París, DATAR/Éditions de l'Aube.
- Sen, A. (2000), *Desarrollo y libertad*, Barcelona, Planeta.
- Solari, A., R. Franco y J. Jutkowitz (1976), *Teoría, acción social y desarrollo*, México, Siglo xxi Editores.
- Utria, R. D. (2002), *El desarrollo de las naciones. Hacia un nuevo paradigma*, Bogotá, Sociedad Colombiana de Economistas.